

«El contacto con la miseria y el hambre es duro»

Esther Ortiz

Marco Antonio de la Ossa es uno de esos 11 jóvenes cooperantes conquenses que el pasado año participaban en la sexta edición del programa 'Jóvenes Cooperantes de Castilla - La Mancha'. Profesor de profesión y, con una amplia experiencia como monitor de tiempo libre, creyó que solicitar una plaza dentro del programa le ayudaría a conseguir un doble objetivo que llevaba ya un tiempo proponiéndose y buscando: «ver otras realidades» y, aportar su «granito de arena» en la lucha contra la pobreza y la desigualdad social. Por eso, ni corto ni perezoso, y, sin que su juventud (25 años) le detuviera, hizo las maletas y se marchó a una localidad cercana a la capital de la República Dominicana, Santo Domingo,

a la que, no puede por menos (por no faltar a la verdad) de calificar como «una especie de ghetto». «Se trata de un antiguo asentamiento de trabajadores de caña de azúcar, una industria que utilizaba mano de obra barata y sin cualificación que se formó, cerca de la capital, a principios del siglo XX. Con la desaparición de los ingenios azucareros en la década de los se-

tenta y ochenta, la población que sigue asentada allí se ha quedado sin un futuro claro, porque, aunque nosotros aquí tenemos la visión de que la República Dominicana es un país turístico, en realidad, es uno de los países más pobres de América», nos dice.

De la Ossa se integró como cooperante dentro de un proyecto que la ONG Educación sin fronteras, en colaboración con el grupo de acción local Unión de Juventudes Ecuaménicas Dominicanas (UJEDO), desarrolla en la zona. El objetivo de este programa es contribuir en la educación de la población, con especial incidencia en el sector de niños y adolescentes al ser el colectivo más vulnerable a través de, por ejemplo, diferentes talleres entre los que destacan los de educación sexual, «que son muy necesarios debido al alto índice de embarazos no deseados y, también, de SIDA».

No obstante, puntualizaba este joven conquense, la ONG intenta que su acción educativa no sólo se

circunscriba a los menores, sino que llegue al mayor número de población posible. Por eso, una de las tareas desarrolladas por De la Ossa fue asesorar y ayudar a los profesores dominicanos que, se lamentaba el joven cooperante, «más que profesores con titulación son profesores voluntarios», aunque, «todo lo que no tienen de capacitación, lo tienen de voluntad».

Al comenzar a contarnos su experiencia Marco Antonio no pudo evitar recordar que «los primeros días el contacto con la miseria y el hambre se hace duro. Muy duro», para terminar afirmando que aún así no se arrepiente de haber experimentado por sí mismo una realidad de la que con demasiada frecuencia, aquí, en España, nos olvidamos. «Estamos muy

mimados», asevera mientras nos revela una pequeña cosa, para nosotros, que no lo hemos vivido, algo difícil de entender, e incluso, hasta insignificante, pero que, sin embargo, él nunca podrá olvidar: «la sonrisa y la mirada de los niños. Una sonrisa que es muy difícil encontrar aquí».

La experiencia de Marco Antonio como voluntario en el extranjero sólo duró un mes pero, fue suficiente para, como él mismo nos asegura, «aprender mucho». Este año ha vuelto a solicitar otra plaza dentro de este programa que ofrece la Consejería de Cultura, Turismo y Juventud. El destino esta vez, nos indica podría ser Guatemala. El proyecto: «similar al del año pasado», un proyecto educativo de la mano de la ONG Educación sin fronteras.

«Tenemos mucha suerte de contar con un programa como el de Jóvenes Cooperantes. Deberíamos aprovecharlo al máximo», sentencia.

Ni las miles de vacunas que, nos dice, tuvo que ponerse el año pasado para combatir enfermedades que nunca antes había oído ni siquiera nombrar, ni esos primeros momentos «tan duros» cuando empiezas a ser realmente consciente, por vez primera, de lo que significa verdaderamente el hambre y la pobreza, le han conseguido desanimar. Y es que, ya, De la Ossa es y, será siempre, un cooperante.



Marco Antonio de la Ossa